

Reseñas

Alejandro Agudo Sanchíz y Marco Estrada Saavedra (eds.), *(Trans)Formaciones del Estado en los márgenes de Latinoamérica. Imaginarios alternativos, aparatos inacabados y espacios transnacionales*, México, El Colegio de México, U. Iberoamericana, 2011, 509 pp.

EDISON HURTADO ARROBA¹

Estamos ante una obra *editada*, en el mejor de los sentidos. Es decir, un libro en el que confluyen varios autores con una mirada analítica común y estudian casos particulares que se pueden leer por sí mismos, pero que en conjunto contribuyen a que el volumen adquiera una dimensión analítica más amplia. En este caso, se trata de un esfuerzo colectivo por posicionar un enfoque sobre el Estado que *a)* resalte su carácter construido, inacabado y disputado, y a la vez *b)* no olvide los efectos de poder y dominación de las distintas aristas y facetas en que éste se presenta. Así, el Estado se define en esta obra, no como una entidad unificada, centralizada y coherente, sino como un incompleto *imaginario* del orden y una inacabada *maquinaria* de operación, que emergen en el seno de un *espacio de disputa* entre actores gubernamentales y sociales de diversa índole. Tal definición posiciona la dimensión material y simbólica del Estado en una arena de interacción conflictiva y recurrente.

Los contenidos

El libro nos presenta ocho capítulos y una introducción. De los ocho autores y autoras, cinco provienen del campo de la antropología y tres de la sociología. La mayoría están afiliados —como profesores o estudiantes— al Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México y al área de Antropología de la Universidad Iberoamericana, con las excepciones de José Luis Escalona (CIESAS) y Rebecca Galemba (U. de Brown). Por el vínculo entre docencia e investigación, es de celebrar que entre algunos autores/as se haya pasado de una relación tutores-tesistas a un diálogo colectivo y sinérgico en torno a la formación cotidiana y conflictiva del Estado.

¹ Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

A más de la Introducción (“Repensar el Estado desde los márgenes”) que estuvo a cargo de Alejandro Agudo, el libro está estructurado en dos partes. La primera (“Imaginario alternativo y configuraciones locales del orden estatal”) se compone de cinco artículos, siendo en el primero de ellos (a cargo de José Luis Escalona²) donde se formula la concepción de antropología del Estado que da unidad conceptual y coherencia metodológica al libro.³ Los otros cuatro artículos analizan aspectos procesuales y dinámicas contingentes de la construcción del Estado y el ejercicio de la dominación y la resistencia en Chiapas (artículos de M. Estrada⁴ y A. Agudo⁵) y en el Pacífico colombiano (artículos de Sandra Martínez⁶ y Martha Domínguez⁷).

La segunda parte del libro (“Hacia una relectura del Estado desde el transnacionalismo, la migración y las fronteras”) se compone de tres artículos a cargo de Matilde González-Izás,⁸ Rebecca B. Galemba⁹ y Soledad Álvarez Velasco,¹⁰ que muestran una dimensión un tanto más novedosa en este campo de estudios, pues ubican las transformaciones del Estado, no sólo “desde abajo” (como en la primera parte), sino también “desde afuera”, en el marco de espacios transnacionales y flujos globales de personas, mercancías e imaginarios.

Metodológicamente, los textos son fruto de una combinación de trabajo de campo etnográfico, entrevistas y trabajo de archivo. Los argumentos de fondo se formulan en un tono procesual, descriptivo y explicativo (retrodictivo), y uno de ellos (el texto de Matilde González-Izás sobre Guatemala) es más histórico que el resto.

² “El incompleto imaginario del orden, la inacabada maquinaria burocrática y el espacio de lucha. Antropología del Estado en el sureste de México”.

³ No es menor mencionar que Alejandro Agudo y José Luis Escalona, encargados de escribir —respectivamente— la Introducción y el capítulo de síntesis teórica del libro, obtuvieron su doctorado en Antropología en la Universidad de Manchester. Como se sabe, la Escuela de Manchester en Antropología imprimió en los años cincuenta y sesenta una particular orientación a los estudios de Antropología Política a partir de la obra de su fundador Max Gluckman y de sus estudiantes (entre los que destaca F. G. Bailey), quienes marcaron un énfasis en el carácter procesual de la política. En Manchester también enseña John Glehill, muy conocido por sus estudios en México, y en particular por su libro *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*, que es un referente para los estudiosos de este campo.

⁴ “Teocracia para la liberación: la disputa por la hegemonía estatal desde la fe. La experiencia de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas y el pueblo creyente en la Selva Lacandona”.

⁵ “Mejoras privadas, beneficios colectivos: la producción y subversión de regímenes globales de política social en Chiapas”.

⁶ “No todos rezamos el avemaría: la construcción cotidiana del Estado en el Pacífico colombiano”.

⁷ “La consolidación de un nuevo orden estatal en el Pacífico colombiano: titulación colectiva y nuevas identidades negras en Buenaventura”.

⁸ “Formación transnacional del Estado. Modernización capitalista, inmigración europea y circuitos del café en Guatemala, 1870-1930”.

⁹ “Un poco legal, un poco ilegal: la vida cotidiana en un camino clandestino de la frontera México-Guatemala”.

¹⁰ “¿Guerra en silencio? Aproximación etnográfica a la violencia normalizada hacia migrantes en tránsito por la frontera sur chiapaneca”.

Como anexos, el libro incluye *a)* una serie de datos estadísticos comparativos en tres municipios de Chiapas, que ayudan a entender la precaria presencia del Estado en la zona, lo cual es analizado a detalle en el artículo de M. Estrada, y *b)* una presentación en extenso de la Ley 70 de 1993 sobre la política de titulación colectiva de tierras para las comunidades negras de Colombia, estudiada complementariamente en los capítulos de S. Martínez y M. Domínguez.

Las coordenadas teóricas

La idea original del libro, se dice en la Introducción, partió de un intento por posicionarse en un campo de debate: “¿por qué no realizar una contribución crítica, desde orillas latinoamericanas, a la problematización del ‘Estado’...?” (p. 11). Con el trabajo de edición y diálogo a través de sesiones y seminarios entre los autores y autoras, se dio paso a una pregunta más precisa: “¿cómo coexisten los diversos niveles globales y locales de poder y regulación, y cómo son todos ellos constitutivos de la sociedad?” (p. 15).

Tomando esta preocupación como eje que articula al libro, vale la pena situarlo como un aporte a la literatura antropológica, sociológica e histórica sobre los procesos de formación del Estado que ocurren en los márgenes (geográficos, políticos o sociales) y de forma cotidiana, pero fundamentalmente, desde Latinoamérica y con autores/as latinoamericanos.¹¹ Asimismo, por su anclaje institucional y su diálogo inicial, se debe ubicarlo en la línea de trabajos que sobre este tema se han realizado en México.¹²

Si bien todos los artículos comparten un enfoque conceptual sobre el Estado, algunos autores se dejan guiar más por nociones como los dispositivos de gubernamentalidad de Foucault y/o los procesos de traducción de Bruno Latour para sopesar los encuentros de proyectos globales con realidades locales (es el caso de A. Agudo). Otros (M. Estrada) utilizan la noción de hegemonía de W. Roseberry para resaltar

¹¹ En esa perspectiva, este libro se inscribe (explícitamente) en la línea de los significativos aportes realizados por Veena Das y Deborah Poole (al compilar *Anthropology in the Margins of the State*), A. Sharma y Akhil Gupta (*The Anthropology of the State. A Reader*, otra compilación, principalmente de estudios clásicos) y T. B. Hansen y F. Stepputat (*States of Imagination*), pero también en la línea de textos seminales como los de Philip Abrams (“Notas sobre la dificultad de estudiar el Estado”) y Philip Corrigan y Derek Sayer (*The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*), que marcaron hitos importantes en este campo de estudio.

¹² Gilbert Joseph y Daniel Nugent, *Aspectos Cotidianos en la Formación del Estado*; Monique Nuijten, *Power, Community, and the State*; y más recientemente José Luis Escalona, *Política en el Chiapas Rural Contemporáneo*; David Recondo, *La política del Gatopardo. Multiculturalismo y Democracia en Oaxaca*; y el mismo Marco Estrada, *La comunidad armada rebelde y el EZLN*, entre otros, que analizan las relaciones cotidianas entre Estado y sociedad de una manera situacional, conflictiva e interconectada. Aunque no ponen énfasis en “la formación del Estado”, sino en las redefiniciones de los “pactos de dominación”, en esta línea se inscribe, también, el último libro de J. Arteaga y V. Brachet (2011) sobre dominación y contienda en localidades morelenses.

el carácter disputado del marco material y simbólico que organiza las formaciones sociales. También hay quienes invocan las políticas sociales como dispositivos de gobernanza (M. Domínguez) o el enfoque de la formación cotidiana del Estado de A. Sharma y A. Gupta (S. Martínez) para dimensionar los efectos de una política de titulación colectiva de tierras en las identidades colectivas afrocolombianas, en las innovaciones institucionales (Consejos Comunitarios) y en la construcción del Estado neoliberal en Colombia. Rebecca Galemba y Soledad Álvarez utilizan marcos teóricos un tanto más complejos, en la medida en que tienen que dar cuenta de situaciones fronterizas y liminales donde el tráfico de mercancías (contrabando) y personas (migrantes en tránsito) suspende nociones de soberanía, legalidad o violencia legítima. De hecho, S. Álvarez recurre a la noción de “estados de excepción” de G. Agamben para verbalizar la situación de *violencia normalizada* que se ejerce sobre los cuerpos de las personas migrantes.

Un libro latinoamericano

Aunque el libro no abarca la complejidad y variopinta realidad de “Latinoamérica” (como aparece en el título), porque los casos estudiados se ubican en el sur de México, Guatemala y el Pacífico colombiano, lo cierto es que los estudios incluidos en *(Trans) Formaciones del Estado...* sí permiten ubicar tendencias analíticas extensibles a toda la región, en al menos tres sentidos.

Primero, el carácter *latinoamericano* del libro se puede ubicar en el análisis de la integración subordinada de las nascentes formaciones estatales de la región en el contexto de la economía mundo. El estudio a resaltar es el de Matilde González-Izás sobre la “formación transnacional del Estado” y su relación con la economía primario-exportadora de café en Guatemala en los años 1870-1930. Este estudio es justamente una muestra de cómo las economías periféricas poscoloniales se engarzan en la economía capitalista del siglo XIX como productoras de bienes primarios (café, cacao, banano, azúcar, minerales).¹³ Este tipo de integración subordinada de las economías nacionales latinoamericanas al concierto capitalista internacional se acompañó (en varios países) de élites locales sin vocación nacional, sino más bien abiertas a los intereses del capital internacional y a la dinámica de acumulación primario-exportadora. Correlativamente, los niveles de “estatalidad” en las etapas tempranas de la historia republicana en la región implicaron una fragilidad de las instituciones públicas y un tipo de pacto oligárquico no sólo local sino transnacional, es decir, con personas de carne y hueso (como los inmigrantes alemanes en Guatemala estudiados por González-Izás)

¹³ Al respecto, el café aparece como el principal (y casi único) producto de exportación en Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Haití, Brasil, Venezuela a inicios del siglo XX (Thorp, 1998). Pero más que eso, la concentración en un solo producto de la economía primario-exportadora alcanza, alrededor de 1913, fácilmente más de 50% del volumen de la economía en al menos 13 de los 19 países analizados por Thorp (1998), siendo justamente Guatemala el de mayor concentración (85% de la producción nacional) en torno al café.

que engarzaron los circuitos comerciales y políticos, favoreciendo intereses privados nacionales y extranjeros.

En otro sentido, el libro deja ver la precaria presencia del Estado en regiones marginales y periféricas de los territorios nacionales, lo que se corresponde con un caso “poder infraestructural” (M. Mann) del mismo. Los textos de Marco Estrada y José Luis Escalona, que toman como zona de estudio al sureste mexicano, ponen en evidencia la frágil pero disputada hegemonía estatal, acompañada de álgidas disputas locales por el orden (social, moral y político). M. Estrada, por ejemplo, analiza la contienda por el control hegemónico (político y moral) entre la iglesia católica (la Teología de la Liberación), los funcionarios del Estado y algunos grupos evangélicos en la Selva Lacandona. Este tipo de lectura también se aplica a otras zonas de México y de América Latina, donde los Estados nacionales han tenido escasa presencia y control territorial (algo que también puede verse en el libro en los dos casos que analizan el Pacífico colombiano), como pueden ser zonas rurales, selváticas (amazónicas, por ejemplo) o altas en la larga serranía andina. No es de extrañar que los indicadores sociales de calidad de vida (pobreza por necesidades básicas insatisfechas, distribución del ingreso, coberturas de servicios) sean menores justamente en lugares donde el Estado no ha llegado (a prestar servicios, a cobrar impuestos, a controlar territorios, a crear ciudadanías).

Un tercer sentido en que el libro se vuelve latinoamericano tiene que ver con la consolidación del Estado neoliberal en la región. Y es aquí donde el libro se vuelve más prolífico porque analiza distintos aspectos de un ciclo político reciente (y aún vigente en varias latitudes), en donde abundaron ideas sobre la desarticulación del Estado, el descentramiento de la política y la desregulación pública. Así, el libro analiza los regímenes globales de política social de corte neoliberal (artículo de A. Agudo), la desbalanceada apertura comercial (artículo de R. Galemba), la cesión de soberanía en torno a las prioridades de política migratoria (artículo de S. Velasco) y la puesta en escena de dispositivos de gobernanza étnica y territorial (artículos de S. P. Martínez y M. Domínguez). Todos estos tópicos implican distintas facetas de la reciente hegemonía neoliberal en torno al Estado latinoamericano.

Tales facetas anuncian ciertas paradojas aparentes que a lo largo del libro se viven como tensiones analíticas. Me refiero a la elegante forma en que los y las autoras tejen (en los márgenes del Estado) explicaciones sobre un Estado precario pero en permanente disputa y construcción (M. Estrada). O como en el caso colombiano, donde se analiza la forma en que un Estado que se “retira” (a través de procesos de descentralización, de menor inversión y de cesión de responsabilidades a las comunidades negras en Colombia) pero que a la vez se “fortalece” de forma indirecta, logrando mapas, censos, actas, que de otra forma no hubiese podido rastrear. Al ceder tierras y control, el Estado regula zonas otrora “baldías”; se debilita por un lado y se fortalece por otro. O como en el caso guatemalteco, donde el Estado nacional se forma —precaria y paradójicamente— gracias a los préstamos y a las intervenciones (interesadas) de inmigrantes europeos. Asimismo, se presentan situaciones en donde las comunidades locales (como aquellas donde viven “beneficiarios” del programa Oportunidades, o las comunidades afrocolombianas) negocian y resignifican los

alcances de un modelo tecnocrático de política social aparentemente beneficioso y/o “popobre”, al tiempo que forjan identidades colectivas y comunitarias no menos conflictivas o fragmentarias.

Así, para el lector atento, que agradece la filigrana etnográfica articulada con los procesos históricos macro, el libro ofrece una lectura panorámica de los avatares de la construcción del orden político en la región hasta inicios del siglo XXI. Quedan por analizar huecos temporales, otros países y otras fronteras, ante lo cual el libro aparece como una tentadora invitación.¹⁴

Es de resaltar que el Estado “posneoliberal” latinoamericano no es estudiado en este libro. Los casos no alcanzan a países ni a momentos en donde está ocurriendo ese relanzamiento y reconfiguración de lo público-estatal como instrumento de gobierno. En el “giro a la izquierda” que se vive en la región desde hace casi una década (conceptualizado como neodesarrollismo o neoestructuralismo), se priorizan la reducción de las desigualdades, nociones de integración regional, posicionamiento activo y estratégico frente al capital financiero, mayor inversión pública y mayor gasto social, articulación de política económica con política social, regulación estatal en materia laboral, comercial, entre otras políticas. Una antropología del Estado posneoliberal aún está pendiente en la región. Lo mismo que una etnografía feminista del Estado que analice la construcción de las emergentes ciudadanía sexuales, en relación a clivajes étnicos, políticos y de clase.

Los márgenes

Antes de cerrar esta reseña, valdría una aclaración sobre la noción de “márgenes del Estado” que se utiliza en el libro, pues puede ser un tanto engañosa. Unos podrían ser los márgenes en términos de lo geográficamente remoto. En esta acepción, los textos que componen el libro abordan “lugares” marginales, olvidados, fronterizos. Una segunda acepción, más política, podría implicar los márgenes como lo poco importante, lo no trascendente. En esta línea, el libro permite una lectura de las formas en que los Estados regulan, por obra u omisión, aspectos —justamente— *marginales* (desde una posición de dominio, un tanto cínica) que conciernen a poblaciones his-

¹⁴ En 2007, ya apareció en Bolivia una provocativa compilación sobre Antropología del Estado (Lagos y Calla, 2007), que se enmarca en la misma línea del libro que aquí se reseña. Incluye reimpressiones de los artículos “clásicos” de Ph. Corrigan y D. Sayer (“El gran arco”) y W. Roseberry (“Hegemonía y lenguaje de la controversia”), así como aportes originales en español sobre Perú, Guatemala, México, Brasil y Bolivia, de autores de referencia como D. Nugent, Ch. Hale, A. Gilly y A. Ramos. El mismo año, el PNUD-Bolivia publicó un Informe de Desarrollo Humano sobre *El estado del Estado en Bolivia*, a cargo de sociólogas, antropólogas e historiadoras que se adscriben a esta corriente de estudios (PNUD, 2007). Asimismo, en 2009 apareció un número especial de la revista *Iconos* (núm. 34) dedicado al tema, coordinado por Rosanna Barragán y Fernanda Wanderley, con artículos sobre Perú, Nicaragua, Bolivia y Argentina. Todo este corpus, junto a trabajos más antiguos y otros en preparación, muestran la vitalidad de este campo de estudios.

tóricamente relegadas y excluidas: la distribución de ejidos entre los indígenas en el sur de México, la tenencia de la tierra de los afrocolombianos, los derechos de los invisibilizados y deshumanizados migrantes en tránsito, o los efectos disciplinantes (colaterales) de políticas sociales que buscan incidir en la calidad de vida (creación de capacidades y oportunidades) de la población beneficiaria.

Una tercera acepción, más cercana a lo que proponen los autores y autoras del libro, podría ser sobre lo marginal como lo liminal, lo fronterizo entre “lo estatal” y “lo societal”: un espacio de interacciones donde el Estado se encuentra con los actores, en la vida cotidiana, con los funcionarios y las poblaciones; el lugar donde la ley emitida se renegocia (como en los textos de Martínez y Domínguez), se suspende (como en el caso de la frontera analizada por Álvarez) o se difumina (“un poco legal, un poco ilegal”, como evoca el texto de Galemba). Siguiendo a Agudo, los márgenes del Estado son todos aquellos puntos en donde se intersectan la vida cotidiana, los dispositivos de la gubernamentalidad o de la gobernanza y los proyectos políticos en disputa por la hegemonía (véase p. 39). Lo “central” de la marginalidad es que justamente constituye un lugar de intervención gubernamental que funda la condición estatal: “el Estado se construye desde los márgenes” (p. 41).¹⁵

Cierres y aperturas

Un último punto. Tal vez al libro le faltaría un capítulo de cierre que pueda servir, no para amarrar los argumentos desplegados (que ya lo hace Agudo en la Introducción), sino para abrir diálogos con otros campos temáticos. Uno de ellos es claramente la sociología política del Estado de corte más clásico, con autores como M. Mann (y su idea de “poder infraestructural” y “poder despótico”), Theda Skocpol (*Bringing the State Back In*), Peter Evans, Oscar Oszlak, entre otros académicos neomarxistas y neoinstitucionalistas. Este conjunto de autores no ha dejado de posicionar el papel central del Estado en la producción del orden, en la construcción de ciudadanía, en la capacidad reguladora frente a los mercados (laboral o financiero, principalmente), etc. Otro diálogo es con la politología, especialmente con los estudios de transiciones a la democracia, porque el libro permite desdecir varios supuestos normativos que bloquean las capacidades heurísticas de quienes largamente esperan la “consolidación de la *democracia*”, despreocupándose del estudio de la complejidad de la *política* (en general). Y un último campo con el que este libro puede dialogar, menos académico, pero más urgente, tiene que ver con la centralidad del Estado en los tiempos de crisis económica. La CEPAL (2011) por ejemplo, ha resaltado el rol activo (en cierta medida, posneoliberal) que están jugando los Estados de la región en la formulación de

¹⁵ A. Agudo menciona una acepción más: la marginalidad académica de la antropología frente a la demografía o la economía (y la ciencia política) que toman como objeto de estudio al Estado. A eso le suma el carácter marginal de la academia latinoamericana (“del Sur”), frente a la “del Norte”. Siendo un argumento fino, vale la pena leerse de forma directa, porque cuestiona ciertos prejuicios académicos no menores en torno a quién estudia qué.

políticas contracíclicas, disminución de las desigualdades, etc. *(Trans)Formaciones del Estado...* puede leerse en clave de urgencia para entender mecanismos de dominación y contienda a través de los cuales las crisis globales y las dinámicas locales se traducen mutuamente.

Obviamente, estos diálogos (y otros que se permitan los lectores/as) son de ida y vuelta, y nutrirían una perspectiva (aun más) interdisciplinaria sobre el orden y el cambio sociopolítico. *(Trans)Formaciones del Estado...*, como se puede apreciar, es un libro que se disfruta por partes o en su conjunto, y se presta tanto para lecturas especializadas, como para lecturas más abiertas de quienes estudian los cruces entre política y sociedad en tiempos de globalización.

Bibliografía

- Arteaga, Javier y Viviane Brachet-Márquez (2011), *Dominación y contienda. Seis estudios de pugnas y transformaciones (1910-2010)*, México, El Colegio de México.
- CEPAL (2011), *Panorama social de América Latina*, Santiago, CEPAL.
- Lagos, María y Pamela Calla (2007), *Antropología del Estado*, La Paz, Cuadernos de Futuro núm. 23, PNUD, La Paz.
- PNUD (2007), *El Estado del Estado en Bolivia. Informe Nacional sobre Desarrollo Humano, 2007*, La Paz, PNUD.
- Thorp, Rosemary (1998), *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*, Washington DC, Banco Interamericano de Desarrollo-Unión Europea.

Danilo Martucelli, *¿Existen individuos en el sur?*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2010, 331 pp.

GILLES BATAILLON¹

¿Cómo comprender los modos de acción y los sistemas normativos de los individuos del Sur? ¿Podemos hablar de individuos en el sentido que ha tomado esta palabra desde el Renacimiento y el Iluminismo o, por el contrario, los agentes sociales son prisioneros de costumbres en las que las tradiciones individualistas están completamente excluidas o se encuentran reducidas a la mínima expresión? ¿Cómo emprender una reflexión en este sentido en los albores de un siglo XXI marcado como nunca antes por mezclas y contactos acelerados de los individuos y de los conjuntos sociales? Incluso limitando la observación al mundo latinoamericano el desafío es inmenso. ¿En qué aspectos las mujeres y los hombres de este subcontinente presentan, más allá de sus diversidades sociales, culturales, étnicas y nacionales hábitos comunes y especi-

¹ École des Hautes Études en Sciences Sociales, Centre de Recherches Politiques Raymond Aron, París.

ficos con respecto a los norteamericanos, los europeos o los australianos? ¿Cuándo se crearon estos hábitos, cómo se han remodelado desde las independencias hasta el siglo XX, cómo se puede dar de ellos una descripción plausible? A responder a esta serie de preguntas se consagra Danilo Martucelli en su último ensayo.

El autor comienza por presentar un muy notable panorama de los debates que han nutrido las reflexiones sobre el orden social en América Latina. El problema del individuo y de sus capacidades de acción, al igual que el de sus repercusiones, es el mismo del célebre héroe de *Conversación en la catedral*, de Vargas Llosa, Zavalita, (“¿En que momento se jodió el Perú?”), el mismo de Octavio Paz en *América Latina y la democracia*, sobre la fuerza y la persistencia de una “tradicción antimoderna” e, incluso, el mismo de Sarmiento en sus reflexiones sobre el díptico “civilización o barbarie” de su *Facundo*. Estas mismas reflexiones se encuentran también en los teóricos de la dependencia que insisten en la especificidad de unos países en los que el arcaísmo fue dejado de lado desde la Colonia pero sin que la Modernidad se hubiera instaurado plenamente; o en Néstor Canclini o Serge Gruzinski, que ponen en primer plano la importancia de las hibridaciones sociales y culturales. Aparecen igualmente en filósofos, como Leopoldo Zea o Marilena Chaui; en economistas como Hernando de Soto y Gabriel Zaid, que subrayan el imperio de “otra” modernidad; en sociólogos que resaltan la importancia de los “sujetos colectivos” a través de los “nuevos movimientos sociales”; o, incluso, en los analistas de los cambios democráticos ocurridos en América Latina desde los años ochenta, tales como Bernardo Sorj o Joaquín Brunner, quienes ponen de nuevo en cuestión la idea de que la experiencia de la modernidad sería siempre del dominio exclusivo de los países centrales. América Latina ya no sería solamente un “extremo Occidente” (Octavio Paz) sino que encarnaría una forma original de la modernidad e, incluso, de la posmodernidad.

Aparece enseguida una serie de reflexiones sobre los procesos de individuación en Occidente y en otros ámbitos culturales. ¿De qué manera una sociedad produce y da forma a unos agentes empíricos, como lo muestran las reflexiones de Abraham Kardiner, de Ralph Linton, de Ruth Benedict o, incluso, las de Jean Pierre Vernant y sus discípulos? La “sociedad de los individuos” de Elias o el “individualismo institucional” desarrollado por Parsons y Bourricaud no son más que unas posibilidades entre otras muchas.

¿Cuáles son los factores de la individuación en América Latina, cómo observarlos y describirlos? Apoyado en sus primeras constataciones el autor construye el desafío de seguir meticulosamente los procesos de formación de los individuos existentes en América Latina desde el siglo XVI hasta el XXI. También aquí mezcla los datos provenientes de sus propias investigaciones con los de una pléyade de antropólogos, economistas, historiadores o sociólogos de cuyos trabajos manifiesta un notable conocimiento.

Primera constatación: la Conquista es un acontecimiento fundador que no ha dejado de trabajar el imaginario y las prácticas latinoamericanas. La originalidad de esta época no se deriva solamente de la llegada de los conquistadores, especialmente brutales, y de la implantación por la fuerza de una nueva religión; las conquistas europeas tienen precedentes autóctonos como lo muestra ampliamente la historia del

mundo azteca o inca, bien sea que se piense en el estatuto de los urus o en el de otros “vencidos de los vencidos” (N. Watchel); se deriva sobre todo del lugar acordado al acontecimiento por los latinoamericanos que hacen de la Conquista un momento fundador como pueden ser las revoluciones norteamericana o francesa para los países centrales. La Conquista prima sobre cualquier otro tipo de acontecimiento anterior (el colapso de las civilizaciones clásicas en Mesoamérica) o posterior (las independencias e incluso las revoluciones, independientemente de que se trate de México, Bolivia, Cuba o Nicaragua). Nada logra borrar esta primera cesura; en la “construcción de su sentido” (Claude Lefort) se alimenta una duda recurrente sobre la capacidad de autorregulación de lo social. La barbarie estaría en el origen del carácter malogrado del subcontinente; bien sea que se trate de la barbarie de los amerindios, como dicen algunos, o la de la Conquista, como afirman otros. La Conquista estaría también en el origen de la duda sobre sí mismos, de la melancolía y de cierto bovarismo, propios de los latinoamericanos. La Conquista marcaría finalmente la imposibilidad de una reconciliación, de una armonía... y en contrapartida resaltaría la urgencia de un sentido de la conciliación frente al caos que amenaza.

Segunda constatación, casi paradójica con respecto a la primera: “el talento de los latinoamericanos para el vínculo social”. En un Nuevo Mundo, donde los aparatos estatales administrativos tienen una débil densidad, los habitantes dan muestras de un sentido muy particular de sociabilidad, que se establece con frecuencia a una gran distancia de las regulaciones estatales. Agentes que pertenecen a las entidades más diversas, portadores de costumbres algunas veces en las antípodas unas de otras, coexisten de hecho. Aunque la coexistencia pasa en ciertos momentos por la mayor violencia, los latinoamericanos no por ello desconocen la manera de llegar a acuerdos implícitos. Raramente codificados en un derecho escrito, o incluso como parte de un *common law* a la anglosajona, las interacciones constituyen, a pesar de todo, códigos de hecho. Esta sociabilidad y sus códigos implícitos manifiestan una tensión recurrente entre principios de organización jerárquica, provenientes no sólo de las monarquías ibéricas sino también de los mundos precolombinos, y reivindicaciones igualitarias alimentadas por sacudimientos tanto demográficos como sociopolíticos inducidos por la Conquista. Esta tensión entre un juego social y económico, que favorece mecanismos liberadores, y unos principios jerárquicos, se acentúa en el siglo XX y se reorienta a favor de una igualación de las condiciones, estimulada por las transformaciones sociales provocadas por la urbanización y la industrialización. En el siglo XXI los principios jerárquicos son desplazados por una preocupación por la igualación de las condiciones.

Estas observaciones sobre el trabajo de la igualación de las condiciones conducen a Martucelli a una tercera constatación sobre las modalidades del juego social y político latinoamericano. Su perspectiva hace eco a algunas temáticas centrales de un gran sociólogo olvidado por la comunidad científica contemporánea, Charles Anderson,²

² Nos referimos en particular a *Politics and Economic Change in Latin America: The Governing of Restless Nations*, Nueva York, Litton Educational Publishing, Inc, 1967.

y revalúa toda una serie de observaciones de otros autores igualmente famosos en las décadas de 1960 y 1970, como es el caso de Richard Morse, François Bourricaud y Alain Touraine. Martucelli muestra que las élites latinoamericanas y, más aún, los aparatos estatales sólo tienen un “poder indicativo” que opera por demostración de fuerza y teatralización: se enuncian principios que no siempre se pueden imponer y se termina por lo general por contemporizar con entidades heterogéneas. Es decir, como lo observa muy justamente el autor, la comprensión de la realidad latinoamericana exige deshacerse de las visiones inspiradas en Michel Foucault o en Norbert Elias que suponen el predominio de hegemonías perfectamente asentadas y de aparatos de dominación de una extraordinaria densidad. Este tipo de visiones impide comprender la fluidez del juego social latinoamericano, que va a la par con una extrema violencia, concebida como un recurso ordinario del juego político, cualquiera que sea su atrocidad. El juego social pone a los individuos frente a la obligación permanente de inventar y de reinventar soluciones a los problemas sociales o políticos, que en los países centrales son proporcionadas, por el contrario, por los aparatos políticos, administrativos o judiciales que tienen a cargo la aplicación de leyes o reglamentos.

La última constatación sobre el proceso de individuación es la idea de que el trabajo está lejos de ocupar un lugar central en las representaciones colectivas latinoamericanas. Aunque el modo de producción capitalista ha impreso de manera evidente su marca en las relaciones sociales en el subcontinente, el trabajo no tiene un rol central en los procesos de constitución y definición de los individuos. Como lo escribe muy bien Jorge Parodi, un sociólogo peruano, “ser obrero es algo relativo”. La comunidad de pertenencia étnica o regional, o la religión, son tan importantes como el trabajo para la definición de los sujetos. Se articula a esta representación del trabajo una representación de la riqueza que hace de ésta no el fruto de la labor sino un don de la naturaleza. Los recursos naturales mineros, silvícolas o agrícolas son concebidos de manera similar como tesoros de los que se saca provecho pero nunca como ingredientes ligados a una valorización que supone una suma de esfuerzos personales. De la misma manera en el mundo andino, allí donde el trabajo y el esfuerzo son valorados, la riqueza guarda intrínsecamente un carácter fortuito.

Estas primeras constataciones conducen a Martucelli a elaborar diferentes “perfiles” del individuo latinoamericano. Aunque los latinoamericanos viven en un mundo plenamente moderno, lo han construido en una muy débil valorización del fuero interior y del trabajo introspectivo. De allí provienen aquellas características de la literatura latinoamericana y de forma más general del arte narrativo: se privilegia más la manera de contar las cosas que los personajes o la intriga. En muchos aspectos la telenovela es un paradigma de la subjetividad latinoamericana; un melodrama que, como lo escribe Jesús Martín Barbero, pone en escena “el drama del reconocimiento”. La modernidad cultural no es el producto del libro sino de las industrias de la cultura de masas, la radio y la televisión, hoy en día la red y el *facebook*.

Marcado por este contexto de un “poder indicativo”, el individuo latinoamericano se define también como un “jugador asimétrico” o como un “oportunista vulnerable”. El individuo obra en un mundo inestable en el que las reglas del juego desfavorecen a los “de abajo” y se acomodan permanentemente en ventaja de los poderosos. De

allí la necesidad imperiosa de mostrarse astuto como lo recuerdan muchas historias y dichos que parecen tomados del *Roman de Renard*. Es necesario obrar siempre con sagacidad para imponerse y para cuidarse. Una cierta picardía es conveniente y, en ciertos casos, los manejos más infames son permitidos, pero con la condición de que no se lleven a cabo a expensas de los prójimos sino, por el contrario, en su provecho. Estamos en un universo muy próximo al “amoralismo familiar” descrito por Bancroft en Sicilia. El individuo no está orientado aquí por instituciones que fijan reglas y producen normas que se aplican mecánicamente y los protegen sino, por el contrario, por otros individuos que son ante todo miembros de redes que actúan de manera oportunista. Los líderes populistas, en primer lugar Perón, no son demiurgos de la historia sino artistas de la conciliación de los intereses.

El individuo es finalmente un “actor metonímico”. La cuestión no es tanto, observa Martucelli, el surgimiento del individuo sino la radicalidad de su presencia. Los individuos se encuentran de una cierta manera “por delante” de unas instituciones ausentes o débiles. La creación de regímenes democráticos que proclaman derechos y dan a los individuos la sensación de que tienen “derechos a tener derechos” (H. Arendt) acentúa las tensiones entre instituciones que protegen insuficientemente a los individuos y entre ellos mismos. Aquí se encuentran todas las temáticas de la “anomia cándida” y del “país al margen de la ley” enunciadas por el jurista argentino Carlos Nino. En la medida en que las instituciones son deficientes o simplemente están ausentes, se establecen componendas al margen de ellas porque con mucha frecuencia no se puede hacer de otra manera. De allí, para retomar los términos de Carlos Iván de Gregori, un actor es más individuo que ciudadano y el individualismo es “antes que todo del yo”. La ley sólo se interioriza de manera “intermitente”. La moral es concéntrica y se aplica en función de los círculos de sociabilidades y de las redes. Es decir, el individuo al final cuenta más que las instituciones.

Es poco decir que este ensayo merece amplias discusiones y debates más extensos de que los que hemos iniciado aquí. Y no sobra agregar que puede producir irritación en lectores demasiado apresurados que pueden acusarlo de culturalismo y de esencialismo. Observemos que toda su fuerza se encuentra sin duda en la irritación que puede provocar en los lectores apresurados. Martucelli nunca plantea la existencia de una cultura latinoamericana, sino que describe praxis y hábitos. Tampoco afirma que éstos sean invariantes e inmutables. Por el contrario, se muestra fiel a la inspiración de Marcel Mauss: “los sociólogos hacen demasiadas abstracciones y separan demasiado los diversos elementos de la sociedad unos de otros. Es necesario (...) observar lo que está dado. Ahora bien, lo dado es Roma, Atenas, el francés medio, el melanesio de tal o cual isla, y no la plegaria o el derecho en sí” (*Ensayo sobre el don*). Martucelli y los numerosos autores que cita no hacen otra cosa: observan a los latinoamericanos y no pierden su tiempo enseudodebates metodológicos que a menudo ocultan demasiado la indigencia de investigaciones empíricas hechas a toda prisa y sobre todo con el ánimo de confirmar algún paradigma de la moda científica.

Pablo de Marinis, Gabriel Gatti e Ignacio Irazuzta (eds.), *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*, Barcelona, Anthropos, 2010, 446 pp.

ANA LAURA LOBO¹

Advertir algunas marcas del proceso de construcción de la compilación que aquí se reseña permite adentrarnos en la comprensión de su contenido y su carácter. En primer lugar, su edición y compilación tuvo como responsables a tres científicos (Gabriel Gatti, Ignacio Irazuzta y Pablo de Marinis), que reunieron a colegas provenientes de diferentes disciplinas cuyos trabajos tienen diversos campos de aplicación y escenarios de análisis. En segundo lugar, como se detalla en la introducción del libro reseñado, el mismo es producto de un prolongado trabajo a caballo entre diferentes continentes. Esta labor hizo una de sus paradas en 2008, en el seminario internacional “Comunidad, identidad y políticas de gobierno en la sociedad del conocimiento”, en el Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (CEIC), de la Universidad del País Vasco. Es importante subrayar este acontecimiento, pues la compilación reúne artículos que, en sus primeras versiones, fueron trabajos presentados en dicho seminario. Y porque, bajo dicho trípede conceptual (identidad, comunidad y políticas de gobierno), se reunió nuevamente a investigadores con intereses, puntos de partida y esquemas teóricos diversos. Por último, la obra es publicada por Anthropos en el marco de la colección Pensamiento crítico, pensamiento utópico.

Estas tres marcas del proyecto que terminó tomando la forma de un libro —actores, instituciones académicas y editoriales—, se manifiestan en una compilación reflexiva, cuidadosa y atenta a la conformación de una unidad repleta de sentidos. En este aspecto, puede pensarse asimismo como una metáfora de comunidad; la obra pone en primer plano, mantiene en tensión, respeta y se nutre de la polisemia que detenta el término “comunidad”, y de la pluralidad de ideas, procesos y fenómenos que el mismo reúne y contiene, de modo que soporta y procesa diferencias (y diferenciaciones) internas. Esta impronta se revela también en el esfuerzo de establecer coordenadas para pensar las características y particularidades que asumen los lazos sociales en la contemporaneidad y de diseñar herramientas conceptuales que actualicen, complementen e iluminen el análisis sobre la misma, advirtiendo sus fuertes articulaciones con las problemáticas identitarias y políticas. Por último, el encuadre entre la crítica y la utopía supone la reunión de escritos que, tomando la idea de comunidad como pretexto (en su doble acepción), mantienen cierta continuidad de intenciones entre las ciencias sociales clásicas y nuestro presente, respecto de formalizar algún tipo de reflexión bajo el código plural de las ciencias sociales, pero principalmente, de develar las potencialidades de las diferentes formas que adquieren los lazos sociales en la actualidad (p. 350).

¹ CONICET-UBA-Instituto de Investigaciones Gino Germani, Argentina.

En este sentido, los catorce artículos que esta compilación reúne fueron ordenados por los editores, de acuerdo al objetivo que cada escrito persiguió al acudir al término comunidad. Esta organización dio como resultado tres bloques temáticos en los que se divide el libro. El primer bloque congrega a los trabajos que, sobre diversos casos de análisis, echa mano de la categoría comunidad como recurso para pensar formas sociales emergentes en la contemporaneidad. Así, en este bloque, Andrés Gómez y César Oré retoman la noción de comunidad como “artefacto cultural” (p. 28) para abordar el uso social de los soportes digitales y la formación de cibercomunidades en poblaciones campesinas de Perú y México. En el marco de la utilización de estas tecnologías, los autores reflexionan sobre los contenidos culturales que adquiere la comunidad y los procesos de reflexividad social implicados.

Ander Gurrutxaga refuta la idea de desaparición de la comunidad y de su pérdida de potencial como recurso afectivo de identificación, para concentrarse en el análisis de relaciones comunitarias que toman formas más alejadas de la tradición y del mundo público, y se acercan más a la comunidad resaltada en las formas expresivas de la vida (p. 51). En este contexto, el autor articula la idea de que la construcción de comunidad es similar a la construcción del hogar. Mediante este argumento, plantea que la noción de hogar se constituye actualmente en un nuevo santuario. Mientras este artículo sostiene que la comunidad invade y se manifiesta en los escenarios sociales contemporáneos en los que se dificulta pensar la sociedad como totalidad (p. 83), José Ángel Bergua Amores analiza las posibilidades y limitaciones de las ciencias sociales modernas. Plantea una “sociosofía” que descarte la clásica distinción entre comunidad y sociedad, y propone abordar sin rodeos “lo social”. Para este autor, la comunidad es el “no ser” de la sociedad o del orden instituido, de modo que la riqueza de su análisis reside en pensar a la comunidad, antes que en términos ontológicos (de ser), en términos de “estar” (p. 109).

Por su parte, Gabriel Gatti ilumina dos formas en que suele entenderse lo comunitario partiendo de las experiencias desatadas por las dictaduras en Argentina y Uruguay y los universos sociales construidos en torno a la figura del detenido-desaparecido. Una forma, clásica, donde la comunidad es entendida en su potencial ordenador y estabilizador de las relaciones sociales. Otra, que da cuenta de comunidades que “no evocan nada parecido a lo que la idea de comunidad nos trae a la mente” ni “encajan con el tipo ideal que la sociología llama ‘comunidad’” (p. 117), pues aunque la evocan, no tienen esa textura: comunidades desestructuradas, confusas, anómicas. La riqueza de este escrito reside, a su vez, en que mediante esta figura, el autor examina los modos que asume la noción de comunidad cuando se acude a ella para construir identidad, en situaciones en las que la misma ha sido devastada o es ya pura devastación. De igual modo, el vínculo entre identidad y comunidad es abordado por Josetxo Beriain para analizar otra figura extrema. Este autor se apoya en una determinada idea de comunidad para examinar la figura del mártir-suicida. En ésta, para el autor, se enlazan, manifiestan y delimitan las fronteras “nosotros-ellos” con una intensidad inusitada, posibilitada, en parte, por el agotamiento de los sueños utópicos de la modernidad.

El segundo bloque del libro se concentra en la apelación a la comunidad ya no para examinar formas de socialidad emergentes, sino para analizar la reconfiguración

de formas de socialidad tradicionales y modernas. Estas reconfiguraciones son leídas con una lente primordialmente política que permite desmigajar nociones centrales como el papel del Estado, las tecnologías de gobierno, la ciudadanía y la sociedad civil, entre otras.

En este esfuerzo, Francisco Javier Tirado y Miquel Doménech reflexionan sobre la actualización del concepto foucaultiano de biopolítica efectuada por Giorgio Agamben y Toni Negri, con el objeto de analizar las características de diversas formas de movilización social contemporáneas. La particularidad de estos casos reside en que el sentido comunitario se posiciona como dispositivo que permite aglutinar y dar cauce a nuevas formas de organización.

Por su parte, Luis Enrique Alonso examina el avance del neocomunitarismo y el discurso de lo “no gubernamental” en las prácticas políticas de las ONG, el voluntariado y el tercer sector, en el marco de la crisis del Estado de Bienestar. Para el autor, estas prácticas profundizan la crisis de la idea de ciudadanía y los “procesos de participación política basados en grandes metarrelatos modernos (razón, revolución, justicia social, progreso, etc.)”. En este aspecto, el artículo de Alonso se destaca por considerar que la comunidad, como resultado de la acción social y en permanente reconstrucción, tiene como característica constitutiva en la modernidad su incrustación institucional. Y que, por ello, debe pensarse el avance de lo comunitario como un perfeccionamiento de la ciudadanía social, para que ambas puedan fortalecerse (p. 229).

De igual modo, Jesús Izquierdo retoma el análisis de las formas colectivas de socialidad modernas y su vínculo con la comunidad. En su desarrollo, sin embargo, el autor considera que la comunidad es el tipo de lazo que la ciudadanía o la sociedad civil paradójicamente niega. Paradoja que reside, según Izquierdo, en el hecho de que estas formas de solidaridad son comunitarias. De este modo, Izquierdo nombra a la sociedad civil como una comunidad paradójica y autonegada (p. 236). Y considera políticamente primordial que desde nuestros propios límites comunitarios se desnaturalice el lenguaje del orden liberal, de la sociedad civil, pues el mismo empaña la comprensión de la época actual por fuera de la idea de un momento culminante de la historia, además de aplacar el intento de repensar la relación entre comunidad y política y la propia condición de sujetos en el orden liberal democrático (p. 251).

Los textos que siguen se estructuran a partir del diálogo con las dicotomías fundadoras de la modernidad política y la antropología clásica (adentro-afuera, público-privado, nosotros-ellos). En primer lugar, Ignacio Irazuzta pone en juego las formas de reconstruir comunidad y negociar identidad en los espacios de frontera que suponen los colectivos migratorios internacionales. El autor advierte las apelaciones a la comunidad y señala la construcción de un “círculo semántico alrededor de lo comunitario, que trenza sus hilos entre pasados y presentes nacionales” (p. 253). En este análisis —que no ignora la esfera y el dominio afectivos— se examinan tanto las diversas instrumentalizaciones y políticas de gobierno desplegadas y reinventadas por las burocracias estatales de los países (receptivos y de origen), como las micro estrategias y racionalidades que despliegan los migrantes. En segundo lugar, y con un registro reflexivo del trabajo etnográfico con interés en los pliegues narrativos, Silvia Rodríguez Maeso también se concentra en el análisis de los procesos de reac-

tivación comunitaria. Las voces nativas son, en este caso, las de los pobladores de las comunidades rurales de Perú; y las memorias y discursos analizados son los que actualmente y frente a la posterior actuación de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, versan sobre la violencia y el conflicto armado que tuvo por protagonista a Sendero Luminoso. Por último, asentado en la observación de la crisis de ciertas estabildades y, en particular las del campo de las identidades, Daniel Muriel renueva la pregunta por la producción de lo comunitario, por lo propio y por el nosotros mediante la investigación empírica sobre el dispositivo “patrimonio cultural”, los agentes y entramados expertos involucrados en la construcción de una pertenencia cultural e histórica común.

Por último, el tercer bloque de la obra está compuesto por escritos que centran su esfuerzo analítico en examinar el modo en que los sociólogos clásicos (particularmente Tönnies, Weber y Durkheim) utilizaron la noción de comunidad y el lugar que ésta ocupa en sus esquemas interpretativos. Estos exámenes son realizados procurando enriquecer la comprensión y explicación sobre los actuales procesos de “reactivación comunitaria”, “apelación a la comunidad”, o manifestaciones de aquello llamado “*revival* comunitario”.

Esta complejidad analítica se evidencia en el examen que Pablo de Marinis realiza sobre el pensamiento de Ferdinand Tönnies en torno a la comunidad. Así, por un lado, el autor revela tres modos posibles en los que se registra el término comunidad en dicho autor: uno abstracto/formal; otro histórico, que funcionaría como antecedente de la sociedad moderna; y un último sentido de crucial interés político, que subraya la valoración positiva de lo comunitario frente al derrumbe de las formas de sociabilidad existentes y la proyección utópica que el término comporta, mencionada al inicio de esta reseña. Por otra parte, este análisis se asienta en la compleja temporalidad que supone la pregunta por la comunidad en el contexto de las contingentes configuraciones postsociales.

Al analizar la obra de Durkheim, Ramón Ramos Torre también afronta la complejidad de encarar la noción de comunidad desde una perspectiva triple: analítica, histórica y política. Además, en su examen, explora distintos pliegues semánticos que el término detenta: específicamente, la comunidad como aquello que es común a todos, como aquello que debemos sacrificar y por último, un sentido de comunidad que la identifica con el simple *estar-con* o *ser-con* (p. 384). La combinación de este análisis termina por interrogarnos sobre las formas en que dichos planos semánticos se hacen presentes y se articulan en las formas de sociabilidad en la actualidad.

José Santiago se concentra en las articulaciones entre las nociones de “comunidad” y “religión” partiendo de advertir sus vínculos más enraizados (las religiones como matrices de comunidades de sentido y las comunidades como un tipo de religación que adquiere tintes sagrados). A diferencia de los artículos anteriores, Santiago dobla la apuesta al efectuar un análisis relativo al pensamiento de dos autores clásicos, Durkheim y Weber, y su vínculo con los desarrollos de teóricos contemporáneos. De esta manera, se centra en las comunidades religiosas, en los cultos de la comunidad pero también en el culto de la comunidad política que en la modernidad es representada por la figura de la nación. En este aspecto, el autor traba una discusión con parte de

los teóricos del nacionalismo, sobre su conceptualización de la comunidad como una nueva comunidad religiosa de salvación (pp. 414-415).

La pluralidad de perspectivas que se advierte en los artículos hasta aquí descritos evidencia que esta obra no será cómoda para el lector que busque en ella una definición enciclopédica del término comunidad. Por el contrario, la misma posibilita abundantes recursos, interrogantes y puntos de partida para quien busque nutrir sus esquemas de pensamiento y líneas de investigación, estén o no directamente enmarcadas bajo la etiqueta “comunitaria”. De este modo, quizás debido a la propuesta de comprender a la comunidad como pre-texto pero también gracias a la sensibilidad general de la compilación para dar cuenta de las diversas tonalidades que adquieren los lazos sociales, esta obra se torna una interesante plataforma para reflexionar sobre diversos campos y objetos de investigación desde una óptica que escapa a los *corsets* temáticos (que usualmente se construyen dentro de los campos disciplinares y de investigación) y que por ello reviste amplitud y originalidad. Particularmente para quienes examinamos los trabajos de construcción de memorias colectivas y los procesos de constitución o mantenimiento de identidades, esta obra ofrece nuevas claves a ser moduladas con los lugares que, en dichos procesos, frecuentemente se adjudica la tradición, la temporalidad y la idea misma de comunidad.

Por otra parte, los objetos, temporalidades y espacialidades presentes en este libro evidencian una obra cosmopolita que concentra material para pensar —quizás desde cierta mundialización de la comunidad científica— comparativamente las diversas formas que los clivajes teóricos examinados adquieren en las realidades europeas y latinoamericanas.

En suma, los desarrollos concentrados en esta compilación funcionan como un dique de contención frente a aquello que puede pensarse como el primer obstáculo pero también como la fuente de riqueza del término comunidad: su polisemia. Pero aún más, respetando dicha polisemia, y en la apuesta de conjugar la noción de comunidad en plural, el libro da un marco de contención frente a la real amenaza que suponen las categorías de moda, tanto para la investigación científica como la práctica política.

Karine Tinat (coord.), *La Herencia Beauvoir*, México, El Colegio de México, 2011, 218 pp.

ADRIANA GONZÁLEZ MATEOS¹

Simone de Beauvoir, una lectura siempre renovada

Varias mujeres se reúnen para hablar de Simone de Beauvoir: lectura de la adolescencia, modelo de conducta, referencia obligada. Lejos de haberse convertido en

¹ Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

empolvado libro de consulta, la francesa suscita reproches, defensas y argumentaciones que se suceden sin perder temperatura. Simone de Beauvoir es parte de la vida de todas, una parte que se niega a asentarse a pesar del tiempo transcurrido desde que *El segundo sexo* fue incluido en la lista de libros prohibidos por el Vaticano. Sesenta años después de aquella publicación se plantea el reto de activar su poder irritante y subversivo, criticándola desde puntos de vista contemporáneos, que incorporen las discusiones de las décadas posteriores. *La Herencia Beauvoir* reúne los artículos escritos a partir de esta discusión, a la que se sumaron varias investigadoras francesas.

La discusión explora facetas distintas pero difíciles de separar entre sí: el significado de Beauvoir no se agota en sus obras, pues requiere un examen de su vida, que al proyectarse en la esfera pública adquirió enorme importancia para incontables mujeres que la consideraron un punto de referencia, un ejemplo para reflexionar sobre sus propias circunstancias y empezar a cambiarlas. En una época en que las esposas, amantes, amigas y colaboradoras de importantes intelectuales solían trabajar para ellos en la sombra y desaparecer tras la fama de esos grandes hombres, la activa colaboración intelectual de Beauvoir con Sartre, ampliamente difundida y comentada, se afirma como ejemplo provocativo hoy, cuando una asociación como esa aún es excepcional. El hecho de que se presentaran a la luz pública como una pareja capaz de aceptar la libertad sexual y amorosa de ambos no fue menos influyente entre sus admiradores.

Años después, tras su muerte, esta imagen pública ha ido modificándose con la publicación de documentos que no estaban destinados a la divulgación: cartas, diarios y fotografías revelan que detrás de los íconos modelados para la esfera pública existieron personas que sufrieron, tiranizaron a otros, dijeron e hicieron cosas que no estaban en armonía con los ideales sostenidos en los libros. En algunos artículos de *La Herencia Beauvoir* esta falta de correspondencia entre el ideal y la vida íntima suscita la desilusión de quienes reconocen a la escritora como una influencia formativa, aunque muchas veces estas fisuras arrojan nuevas luces sobre su obra, nuevas posibilidades para su lectura.

En esa línea, varias colaboradoras señalan la ausencia, en la obra de Beauvoir, de una discusión suficientemente sólida y franca sobre la bisexualidad vivida por ella, que la lleva, a los ojos de estas críticas, a sostener un binarismo entre “el hombre” y “la mujer” que ahora parece más y más obsoleto, menos adecuado para describir nada. Es cierto, señalan otras, que Beauvoir dedicó todo un capítulo de *El segundo sexo* a la homosexualidad femenina y se convirtió en una precursora importante de las organizaciones y luchas lésbicas. El binarismo ya mencionado es objeto de una concienzuda crítica emprendida a lo largo de dos tomos dedicados a demostrar que la feminidad es una construcción cultural. También lo es que en la época en que aparecieron sus obras hubiera sido muy difícil, si no imposible, discutir la propia bisexualidad, a la que ella alude de maneras cifradas, preocupada por decir, no decir demasiado, decir lo mejor posible. Fue ya una gran audacia emprender la crítica desde un punto de vista feminista, que Beauvoir contribuyó a fundar. Podría iniciarse una nueva lectura de sus obras en busca de esta pista: qué huellas de su situación como mujer bisexual pueden descubrirse tras la estratégica construcción de la situación femenina, con todos sus silencios y sobreentendidos, en una labor encaminada a desmontarla.

Otras colaboradoras señalan que cualquier lectura contemporánea debe incorporar una perspectiva crítica con respecto al sujeto que Beauvoir, en vez de minar, considera el ideal hacia el que deben tender las luchas de las mujeres: construir un(a) sujeto(a) femenino(a) en vez de subvertir el sujeto. Este punto ciego de su reflexión hubiera sido difícil de evitar, pues el sujeto es el núcleo del pensamiento propuesto por la pareja Sartre-Beauvoir. Se trata de una tarea crítica indispensable al releerla el día de hoy, tanto como hace sesenta años era inevitable adoptar esa posición.

El debate descubre áreas poco exploradas todavía: el “hacerse” de Simone de Beauvoir sucedió dentro de una generación de mujeres que, al igual que ella, rompieron con muchas servidumbres femeninas, aunque algunas de esas rupturas hayan sido parciales o tentativas. Si sus antecesoras aún no son suficientemente discutidas, también hay mucho que hacer para apreciar vínculos, oposiciones, diferencias y similitudes con otras contemporáneas que también “se hicieron” mujeres en un mundo cambiante. Es así como algunos artículos exploran paralelos y diferencias con otras intelectuales o activistas, como Margaret Mead, Rosario Castellanos, Suzanne Lilar o Suzette Duflo, y arrojan luz sobre esta época de mujeres dispuestas a explorar y romper límites.

La lectura de Simone de Beauvoir descubre a cada página nuevas interrogaciones. Su “hacerse” continúa en los de muchos otros. La aparición de *La Herencia Beauvoir*, cuya segunda edición fue decidida a raíz de la venta de mil ejemplares en pocos meses, confirma el interés que suscita esta obra que muchos no dudan en calificar de incómoda, mientras tantos más no consiguen dejar de leerla.

